

# DIDEROT, LA RAZÓN PROLÍFICA DE LA ILUSTRACIÓN

Eugenio Nkogo Ondó

El nombre de Denis Diderot suena a una de esas mentes preclaras que asume el reto de la pléyade que fue el mejor precedente intelectual de la Revolución Francesa, cuyo centro ocupa la incomparable obra de la *Enciclopedia*. Por fin se ha dicho que su proyecto colosal se concentró en esos planos: el teórico y político, el informativo y el polémico, vehículos “de la articulación de las nuevas formas del saber características del Siglo de las Luces y el del combate contra las antiguas concepciones basadas en la tradición y en la autoridad y, por tanto, totalmente acrílicas”, al mismo tiempo que han reconocido que su efectivo desarrollo se produjo bajo el auspicio de Diderot y de D’Alembert quienes, con grandes dotes de imaginación y de intuición creadoras, supieron detectar las aspiraciones y la voluntad general que unían a sus contemporáneos... El movimiento resultante contó con más de doscientos colaboradores, los cuales, siendo fieles a la corriente de los Libertins o librepensadores del siglo XVII y desde el infinito campo de sus disciplinas, decidieron seguir la ruta de la razón autónoma, una razón que se alejaba cada vez más de la razón cartesiana. Recordemos que esta, la del fundador del racionalismo moderno, para alcanzar la verdad, tenía que operar dentro de los límites marcados por las cuatro reglas de su método (evidencia, análisis, síntesis y enumeración), mientras que la del pensador ilustrado era libre y sólo actuaba según los criterios que exigían los tratados de la diversidad de objetos del conocimiento. Este es el denominador común en cuyas coordenadas habría que insertar a esos filósofos del siglo XVIII.

En concreto, la obra de Diderot se manifiesta en forma de una triple reflexión, crítica e irreversible, en contra de la determinación de la orientación religiosa impuesta por su padre, en contra de las ideas absolutistas del antiguo Régimen y de las tendencias heredadas de la dogmática escolástica. Introduciéndonos en ella, nos sale al paso su producción prolífica de la cual se podría citar estos textos:

*Adición a los pensamientos filosóficos o diversas objeciones contra los escritos de diferentes teólogos; El paseo de un escéptico; las Joyas indiscretas; Carta sobre los ciegos para uso de los que ven; Carta sobre los sordos y los mudos para uso de los que oyen y hablan; Pensamientos sobre la interpretación de la naturaleza; Carta sobre la tolerancia; Ensayos sobre la pintura; Principios filosóficos sobre la materia y el movimiento; De lo bello absoluto según Hutcheson y sus seguidores, etc. etc.* Así constatamos que su vida fue un continuo caminar entre las ciencias las artes y las letras, ampliando sus conocimientos, hasta la muerte. Alejándome de la posibilidad de entrar en esa pluralidad temática, sólo mencionaré algunas de las premisas que resumen su posición en el deísmo, del que fue uno de los brillantes exponentes. Por eso, al inicio de los *Pensamientos filosóficos*, nos advierte que “*Escribo sobre Dios; cuento con pocos lectores y sólo aspiro a ciertas adhesiones. Si estos pensamientos no complacen a*

*nadie, no podrán ser sino malos; pero los consideraría detestables si complacen a todo el mundo.*” Al clasificar a los ateos en tres grupos, el de los *verdaderos ateos*, que declaran que no existe Dios, el de los *escépticos*, o de los dudosos que no saben por qué decidirse, y el de los *fanfarrones del partido*, aquellos que desearían que no existiera, “que simulan estar convencidos y que viven como si lo estuvieran”, él mismo se califica de deísta, entendiéndolo por ello, el “que cree en el ser superior, ordenador del universo y que extrae esta creencia racionalmente”. Esto lo lleva a oponerse radicalmente a todos los planteamientos teológicos tradicionales, incluso a los que habían sido asumidos por el racionalismo anterior. En esta línea admite que el “cristianismo aún no me ha sido demostrado” y que no había razón suficiente para exigirle “a creer que hay tres personas en Dios” como creía “que los tres ángulos de un triángulo son iguales a dos rectos”, por el hecho de que cualquier prueba que fuera, debía producir en la mente de los que va dirigida una certeza proporcional al grado de su fuerza. En cuanto a sus propias convicciones, notaba que “la acción de las demostraciones geométricas, morales y físicas, en mi espíritu, debe ser diferente, o esa distinción es frívola”. Una clara alusión o un rechazo a una de las demostraciones de la existencia de Dios empeladas por Descartes en la Cuarta Parte del *Discurso del método*. Por consiguiente, para el filósofo ilustrado, queda mejor demostrada la inteligencia de un primer ser a través de la obra de la naturaleza que la facultad de pensar a través de los escritos de un filósofo o de las sutilezas de la Escuela.

Conforme a este discurso, J.-J. Rousseau (al que he dedicado un artículo a propósito de su tricentenario, con el título de “Rousseau, estrella de “las tinieblas de las luces” y de la democracia imposible”, que apareció en FAIA el 19 de junio de 2012, ver: [www.eugenionkogo.es](http://www.eugenionkogo.es), Publicaciones, picar Artículos) afirma, en el *Emilio, o De la educación*, de acuerdo con la Profesión de fe del Vicario Saboyano, que “Creo, pues, que una voluntad mueve el universo y anima la naturaleza. He ahí mi primer dogma, o mi primer artículo de fe.”

Nos encontramos, sin duda, en medio del acervo de la “extrema confianza” que la filosofía de la Ilustración otorgó a la razón, una razón que por su propio impulso, insistimos, eliminando cualquier inspiración revelada o ajena a ella, se proponía escalar hasta el nivel más alto del conocimiento y gozar de lo que proporciona esa investigación independiente que conduce a la objetiva verdad en todos los órdenes. Esto es lo que llevó a coronar el plan inicial asumido por sus integrantes, por el que tendían a proyectar un rayo de luz sobre las demás actividades del ser humano y sobre su liberación, tanto de las fuerzas mecánicas de la naturaleza como de las fuerzas arbitrarias engendradas por sus contradicciones internas. Los herederos de semejante compromiso, en los siglos posteriores, han intentado e intentarán adoptar una hermenéutica capaz de seguir los pasos de una comprensión autónoma de la realidad próxima y lejana, en su totalidad.

León, 11 de noviembre de 2013.

© Eugenio Nkogo Ondó